

OBSERVACIONES EN ORDEN AL URBANISMO ARQUEOLÓGICO Y A LA RESTAURACIÓN DE MONUMENTOS

En el orden de la restauración de monumentos antiguos, cada visita a Roma se presta a nuevas reflexiones, y el esfuerzo en este sentido del Estado italiano y de la Comuna de Roma es considerable, tanto más cuando se trata de armonizar dos aspectos de la vida colectiva, cuyos intereses son a veces difíciles de conciliar, por aparecer aparentemente contrapuestos: el enorme rescoldo histórico y monumental de la capital del mundo antiguo y cristiano, y la no menos enorme vitalidad de la ciudad moderna, que crece a pasos acelerados, creando con su gigantesco crecimiento toda la serie de problemas que se derivan de las monstruosas aglomeraciones humanas de nuestros tiempos. El Estado y la Comuna han llegado, empero, al convencimiento de que la base más importante de la vida romana no es ni la capitalidad de la joven Italia, ni su industria, sino este fenómeno del turismo, que tiene en Roma raíces muy antiguas, pero que se ha desarrollado en el mundo actual en la forma prodigiosa que todos sabemos. Y al turista en Roma si bien le place gozar de las condiciones de una gran capital moderna, desea encontrar algo único que en vano buscaría en otras ciudades. Por ello la ciudad conserva en sus edificaciones el carácter de hace muchos años, y las nuevas vías y urbanizaciones que dentro del casco de la capital ha sido preciso trazar lo han sido respetando por un lado los restos monumentales de la antigüedad y por otro

dando a las nuevas edificaciones un carácter que, con toda su modernidad, no desdiga del ambiente arquitectónico peculiar a la vieja urbe.

Por ejemplo, la llamada Via della Conciliazione, que lleva directamente a la plaza de San Pietro abordándola por el centro de la columnata famosa, abierta después del tratado de Letrán (1929), ha sido bordeada por edificaciones a las que se ha dado una búsqueda mediocridad, hasta lograr plenamente aquello que se trataba de alcanzar: que el visitante no se dé cuenta de ellas y no le quede, como si dijéramos, el menor recuerdo de las mismas; hasta tal punto se ha conseguido que pasen inadvertidas. El efecto grandioso de la plaza se perdería en gran parte si aquella vía fuese más «monumental», menos «gris» en sus edificaciones.

Otro ejemplo igualmente demostrativo, y más moderno, es la urbanización trazada a la izquierda del Corso (viniendo de la Piazza Venezia), en torno de los restos excavados y recuperados del Mausoleo de Augusto. Este gran monumento, de tanta evocación para la Ciudad Eterna, si carece de las dimensiones que el posterior Mausoleo de Adriano (Castel S. Angelo), representa más que no éste para la historia de la ciudad, de cuya grandeza material Augusto fue el primer artífice. En realidad se trata de un *tumulis* a la manera etrusca, pero de dimensiones enormes en relación a los *tumuli* etruscos, ya que mide 89 metros de diá-

metro, en relación, digamos, con la importancia de la *gens* Julia-Claudia, cuyas cenizas había de albergar.

Este monumento pasó a lo largo de los siglos por las peores depredaciones, estado en el que había de llegar hasta nosotros, hasta el punto de que no hace muchos años estaba convertido en una sala de conciertos: el *Augusteo*. Pero llegó el momento en que los arqueólogos italianos, de acuerdo con los servicios de antigüedades, lograron su «recuperación» para la Historia. El monumento fue excavado, descubriéndose de él más restos que aquellos que era dable suponer podía existir, pero la Municipalidad de Roma se asoció a este esfuerzo centrando las ruinas, coronadas por un túmulo de tierra en el que se han plantado los cipreses de que nos hablan las noticias antiguas y los viejos grabados, en una gran plaza rodeada de edificios modernos, en los que se ha procurado una arquitectura sobria y discreta, sin pobreza, pero tampoco sin alardes decorativistas, revestidos del típico travertino romano.

Esta vasta urbanización hecha totalmente en función del monumento que se eleva en su centro, es un verdadero acierto; su altura mediana, el predominio de las líneas horizontales, el horror al barroco, el equilibrio entre lo clásico y lo moderno, son otras tantas cosas dignas de alabanza. En la parte occidental se ha excavado y reconstruido la célebre *Ara Pacis*, situando sus restos dentro de un vasto edificio rectangular, que viene a ser como una descomunal vitrina que los alberga, pero la elevación de ésta, la holgura del monumento dentro de ella y la gran luminosidad que le prestan ventanas y claraboyas, aleja la sensación de clausura y se consigue que el monumento esté resguardado de la acción de la intemperie, pero mantenga la sensación de aire libre. Desgraciadamente ni para monumento tan insigne se ha conseguido, por lo menos hasta ahora,

una coordinación entre los arqueólogos y museógrafos de diversos lugares.

Como es sabido, antes de las excavaciones, costosísimas y realizadas con la mayor escrupulosidad, que permitieron situar el *Ara*, se habían expoliado de ella los mejores fragmentos escultóricos conservados, que quedaban distribuidos entre los Museos del Vaticano, de las Termas (Museo Nazionale Romano), de Florencia (Uffizi) y del Louvre. Ahora bien, sólo los fragmentos del Museo de las Termas, juntamente con los aparecidos en las excavaciones recientes (pertenecientes en su mayor parte a la decoración escultórica fitomorfa), han podido ser colocados en los lugares correspondientes del monumento. Ni los fragmentos vaticanos, que están en Roma mismo, ni los florentinos, que están en Italia, ni menos los parisinos, del Louvre, han podido ser reintegrados a su lugar de origen, y aparecen substituidos por producciones en yeso, que por más que sean perfectas y perfectamente patinadas, no pueden compararse a los originales. Comprendemos muy bien que aquellos Museos no quisiesen desprenderse de los restos conservados en sus salas para transferirlos a otro museo, pero los costosos esfuerzos de la Comuna romana al excavar, reconstruir y conservar dentro de un lugar adecuado, el monumento, merecían la transferencia de tales restos, desde el Vaticano, Florencia y París. Este hecho, lamentablemente, no se ha producido hasta ahora.

En la parte exterior del edificio que alberga el *Ara Pacis* se ha grabado una copia de la gran inscripción llamada «testamento de Augusto», que existió en el Mausoleo, basándose en la copia antigua descubierta en Ancyra, en el Asia Menor (la actual Ankara, la capital turca). Esta gran inscripción augústea completa este conjunto evocador del fundador del Imperio. Yo creo que los obeliscos que adornan hoy día la Piazza del Qui-

rinale, delante de la residencia del Presidente de la República, y la del Esquilino, ante la fachada posterior de Santa Maria Maggiore, y que estuvieron junto al Mausoleo de Augusto hasta su traslado a aquellos lugares, a finales de los siglos XVI y XVIII, deberían ser reintegrados a este sitio.

Otro lugar en el que encontramos una prueba del actual respeto por los restos antiguos, y que a pesar de que todos los viajeros lo conozcan no queremos dejar de evocar, se halla en las proximidades de la Stazione Términi, donde todo el mundo puede ver los restos de la posible muralla serviana, adosados a la modernísima y famosa estación romana, última palabra de la técnica moderna en este tipo de construcciones. Pero un resto muy pequeño de este muro, descubierto a gran profundidad y que menos personas conocen, es el existente en los subterráneos de la misma estación, muy cerca

del ingreso al Museo Ferroviario, emplazado entre los brillantes escaparates de los comercios allí situados. Es un resto insignificante, pero que al hacer aquella construcción se quiso conservar amorosamente *in situ*. Hoy día no se darían los casos que tan frecuentemente se dieron en los siglos pasados, y que de tal manera dañaron el inmenso patrimonio de la Ciudad Eterna. Afortunadamente éste es realmente inmenso, y a pesar de tales destrucciones sigue siéndolo.

Nosotros, que contamos con un patrimonio infinitamente menor en cuanto a las épocas clásicas, hemos de velar sobre él con un cuidado tanto mayor cuanto menor es su volumen. Por esto la labor de excavación y conservación que se está realizando en la actualidad en la Barcelona romana es digna de toda albanza. — JOSÉ DE C. SERRA RÀFOLS.